

Lo esencial de las crisis (*)

por el Académico ALBERTO BENEGAS LYNCH

En determinados ambientes de izquierda o proclives al izquierdismo, es un lugar común afirmar que, entre otros males del capitalismo, las crisis económicas son inherentes a dicho sistema social. Esta actitud errada es una de las consecuencias de la mentalidad anticapitalista generada por la agresiva y persistente prédica socialista. Al respecto, el profesor doctor Friedrich A. Hayek, premio Nobel de Economía, señala que aún subsisten increíbles leyendas sobre el capitalismo, al que se le atribuyen males que, lejos de ser fruto del funcionamiento inadulterado del sistema son, por el contrario, la resultante de la violación de sus principios esenciales. Al decir de Hayek, esta leyenda, no obstante haber sido debidamente refutada, sigue dueña de muchas mentes, porque el pensamiento político de dos generaciones ha sufrido la influencia perniciosa del socialismo.

Mises hace notar que la expresión capitalismo, acuñada por Marx, es sin embargo muy útil. Por cuanto señala el rasgo más saliente del sistema; vale decir, la acumulación de capital en que se basa el enriquecimiento de las masas y el progreso civilizador, y no como pretende Marx según su interpretación, un sistema que opera exclusivamente en beneficio de los capitalistas. En verdad el capitalismo es la expresión económica del liberalismo clásico, sin el cual se degrada hasta desaparecer el liberalismo político.

La idea de que las crisis periódicas constituyen una característica del capitalismo, entendiendo por tal el sistema capitalista libre y democrático en el concepto Misiano, es una premisa falsa en la que se apoyan las teorías de los ciclos económicos elaboradas al margen de la teoría económica general. Falta congruencia con el criterio científico en

(*) Conferencia pronunciada en la Academia Nacional de Economía del Uruguay, el 28 de noviembre de 1978.

las teorías de los ciclos que hacen abstracción de la teoría económica general. Y son precisamente esas teorías incompatibles con la teoría económica general las que sirvieron para cimentar, junto con otros factores, al sistema del estatismo intervencionista que se viene practicando en las últimas décadas en Occidente con intensidad variable. En gran medida, ello obedece a que se piensa equivocadamente que las depresiones que siguen a los períodos de auge, requieren la intervención del Estado para remediarlas. Pero el intervencionismo, no sólo no es un remedio saludable, sino que, por el contrario, es responsable de haber perpetuado las crisis convirtiéndolas en crónicas.

Tocó a los pensadores de la escuela austríaca, con el profesor doctor Ludwig von Mises a la cabeza, iluminar el tema de los ciclos, señalando el camino acertado para afirmar la verdad científica. Ellos se encargaron de poner en claro la correcta relación de causa a efecto, que impone la necesidad de analizar los ciclos económicos en el contexto de la teoría económica general. Sólo así se pone de manifiesto la falacia de que el funcionamiento inadulterado del capitalismo produce crisis periódicas inevitables, caracterizadas por un alto grado de desocupación, caída de la actividad productiva y las tensiones sociales consiguientes. Por el contrario, el análisis de los ciclos en el contexto de la teoría económica general, hace ver que, precisamente, la invasión del Estado en las actividades económicas es lo que provoca ese auge artificial que, fatalmente, desemboca en la depresión. Demostrada la correcta relación de causa a efecto, en cuanto al auge artificialmente producido con medidas intervencionistas —tales como el proteccionismo, la expansión del suministro de dinero y crédito y de las obras públicas, reducción artificiosa de las tasas de interés, y alza desmedida de salarios más allá de la productividad marginal del trabajo, y otras medidas similares— se ve que indefectiblemente se llega al momento del auge en el cual aparece la necesidad inevitable del saludable reajuste. Este saludable reajuste es necesario aunque doloroso para los inversores que erraron en sus inversiones efectuadas sin el previo ahorro genuino. Pero en algún momento hay que poner fin a las producciones artificialmente estimuladas. Porque es indispensable que cese la producción antieconómica e ineficiente que no responde a las preferencias y prioridades de los consumidores, en beneficio del destino más económico de los recursos productivos siempre escasos.

En cambio, el intento, para combatir la depresión, de mantener e intensificar las políticas que desconocen los principios de la libertad económica inherentes al capitalismo y provocaron el auge artificial, resultaron siempre en rotundos fracasos, que hoy se traducen en el gran desorden

de la economía mundial y, sobre todo, en la falencia del sistema monetario internacional. En vano el Tesoro de los Estados Unidos, el Fondo Monetario Internacional y varios Bancos Centrales venden oro en los mercados mundiales para impedir la continuación del ascenso del precio del áureo metal. Está claro que, desde el completo abandono de la convertibilidad a oro del dólar norteamericano en agosto de 1971, se ha intensificado considerablemente el deterioro de la situación monetaria mundial. Parece ahora por demás evidente que un sistema monetario realmente sano únicamente se tendrá volviendo a una moneda genuina capaz de conservar los ahorros y que sea suficientemente durable y divisible. La idea de la moneda-mercancia vuelve a abrirse camino en la mente de los pueblos fatigados por los desastres del empapelamiento irresponsable, sólo posible con el papel moneda inconvertible de curso forzoso hoy predominante.

En esta disertación tomaré como referencia principal para analizar la esencia de las crisis, la evolución económica-financiera de los Estados Unidos. Porque en aquel gran país la crisis de los años treinta fue de tal magnitud, que la distorsión de los factores de la economía repercutieron poderosamente en el resto del mundo, e indujeron a otros países a imitar las medidas intervencionistas equivocadas que los Estados Unidos adoptaron para conjurar la crisis. La inflación que comienza en los Estados Unidos en la década de 1920 fue promovida con el ánimo de utilizar la expansión monetaria para aliviar la crisis que se insinuaba. Se pensó en la conveniencia de estimular así la producción del campo y de fomentar los préstamos al exterior para facilitar las exportaciones norteamericanas. A los países extranjeros no se les permitía vender sus productos libremente en los Estados Unidos. En cambio, se los estimulaba a concertar préstamos en los Estados Unidos que les permitía comprar productos norteamericanos. No se tuvo para nada en cuenta el consejo del eminente profesor doctor Ludwig von Mises, quien no se cansaba de repetir: "Todo lo que un buen gobierno puede hacer para ayudar al bienestar del pueblo es remover los obstáculos que se oponen a la progresiva acumulación de capital indispensable para aprovechar los progresos tecnológicos". No se pensó en la necesidad de salvaguardar, ante propios y extraños, la verdad sobre el capitalismo como concepto de la civilización que, en lo económico, se basa ciertamente en la propiedad privada de los medios de producción, pero con mercado libre; el sistema así concebido, hace posible la óptima división del trabajo con costos comprimidos al máximo, de tal modo de procurarle a los consumidores la mejor y mayor producción de los bienes y servicios por ellos preferidos. La defensa inte-

ligente del sistema sin claudicaciones es fundamental, porque el hombre, por naturaleza, es un ser capitalista. Puesto que siempre tiende, con el ánimo de ahorrarse esfuerzos, a la búsqueda de herramientas y otros elementos que hagan su trabajo más fecundo. El hombre civilizado se distingue tanto más del primitivo, en cuanto es capaz de una mayor acumulación de capital y de hacer buen uso de él. Las herramientas primitivas, la hoz y el martillo, son de poca significación comparadas con las máquinas y equipos modernos provistos por el progreso tecnológico que el capitalismo avanzado hace funcionar. En los Estados Unidos, país cuya cuota de capital por habitante es la más alta del mundo, cada obrero tiene detrás suyo una inversión aproximada de cuarenta mil dólares. Esta es la explicación del más alto nivel de vida del pueblo norteamericano.

Uno de los aspectos más interesantes del análisis del proceso económico de los Estados Unidos desde el comienzo del siglo, cuyo proceso culmina con la gran depresión de los años treinta, que en su momento más agudo acusa una desocupación del 25 %, es la demostración de que esa profunda crisis fue el resultado de una larga concatenación de intervenciones estatales en la economía que tiene su punto de arranque a comienzos de la década de 1920. Suele argumentarse que la década de los años 20, en su mayor parte, fue una época de estabilidad, porque los precios se mantuvieron estables. Pero lo cierto es que mediante la expansión del crédito se impidió que los precios bajaran y, consecuentemente, que se beneficiaran los consumidores con un costo de vida más bajo. No fue, pues, como vulgarmente se cree, sólo el presidente Franklin D. Roosevelt el responsable del New Deal y de las prácticas intervencionistas que desencadenaron y perpetuaron la gran depresión. Hoover, como Secretario de Comercio de los presidente Harding y Coolidge, y luego en 1928 al asumir él mismo la presidencia, fue el principal promotor del sistema intervencionista.

El profesor Murray N. Rothbard, uno de los discípulos más brillantes del profesor von Mises, hace notar en su obra *America's Great Depression*, que la actitud inflacionaria del sistema de la Reserva Federal llegó a extremos tremendos en los momentos culminantes de la crisis a fines de octubre de 1929. En el breve período de la última semana del referido mes, el sistema de la Reserva Federal incrementó las reservas bancarias disponibles en 300 millones de dólares, y en la misma semana dobló las tenencias de títulos públicos en la Reserva Federal y descontó documentos de los Bancos miembros por valor de 200 millones de dólares adicionales. Esta enorme expansión monetaria, que alcanzó a casi 10 % en una semana, tenía por objeto evitar la necesaria y saludable liquidación de préstamos en la Bolsa de Valores. Al

mismo tiempo, la Reserva Federal redujo su tasa de descuento del 6 % que cobraba al comienzo del "crash" a 4½ % a mediados de noviembre de 1929, y bajó también su tasa de aceptaciones. A pesar de todos los artificios a los que se recurrió, 1931 fue el año trágico, y cayeron las ventas y la producción mientras los salarios se mantuvieron artificialmente altos, lo cual produjo la creciente desocupación. Fue el año en que los diversos países comenzaron a abandonar el patrón oro. Primero lo hizo Austria en el mes de mayo y luego Inglaterra en el mes de setiembre. Fue el comienzo de los crecientes desórdenes monetarios.

En resumen, el auge artificial creado en gran medida por la expansión monetaria que determinó la crisis, se quiso curar con medidas inflacionistas aún más intensas. Comenta Rothbard sobre este proceso: "¿Quiénes resultaban perjudicados por la política proteccionista con inflación monetaria agregada, en lugar de la alternativa racional de la libertad de comercio con moneda sana? Ciertamente resultó perjudicado el grueso de la población norteamericana, tanto en su condición de importadores como en la de consumidores víctimas de la inflación y posterior depresión. Beneficiadas resultaron ser las industrias protegidas por los aranceles, las industrias exportadoras subsidiadas antieconómicamente por préstamos exteriores y la Banca inversora que colocó títulos cobrando suculentas comisiones".

Hoover dejó la presidencia en marzo de 1933 y, al decir de Rothbard en la obra citada, "lo hizo en el peor momento de la mayor depresión de la historia de los Estados Unidos". La producción había caído a menos de la mitad: la producción industrial que en agosto de 1929 estaba en el índice 114, cayó a 54 en marzo de 1933. El desempleo persistía a la tasa de cerca de 25 % de la fuerza laboral, y el producto bruto nacional cayó también a casi la mitad. Todavía más castigada fue la inversión, especialmente en la construcción, que cayó de u\$s 8.7 billones en 1929 a u\$s 1.4 billones en 1933. Pero "esos guarismos no son los únicos que confirman la tremenda depresión", dice Rothbard, quien agrega una serie de otros datos que reflejan la crisis. Después vino Roosevelt, con quien comienza otra historia de intervenciones estatales, siguiendo la misma línea anterior, calificada por algunos autores como un ensayo fascista, frenado en algunos aspectos por la Suprema Corte de los Estados Unidos.

Presentado el sistema intervencionista como una panacea, se anunciaba una nueva era de permanente prosperidad. Pero en realidad el sistema sirvió para perpetuar y agravar la crisis, al impedir los naturales ajustes del mercado abierto y libre, necesarios para volver las cosas a su quicio y restablecer el equilibrio entre las ofertas y demandas de los

diversos bienes y servicios preferidos por los consumidores sin privilegios, ni protecciones a los ineficientes, ni subsidios o prebendas de ninguna especie.

Ya en épocas lejanas, tanto el presidente Harding como el presidente Coolidge, fueron artífices de una política monetaria caracterizada por el mantenimiento "autranche" de una tasa de interés artificialmente baja y por tanto inflacionaria. Por otra parte, bajo la influencia de Hoover desde la Secretaría de Comercio, se inició una política laboral demagógica que encareció considerablemente los costos operativos especialmente en la industria del acero y en los ferrocarriles. Y esa política costosa influyó para que ingenuamente parte de la opinión norteamericana creyera que el alto nivel de vida de la población se debía al creciente poder adquisitivo de los salarios, incrementado, no por la verdadera causa —acumulación de capital— sino por haber forzado los salarios hacia arriba.

Pero además, ya entonces existía el propósito de ayudar a países extranjeros por métodos intervencionistas. Con el ánimo de ayudar a Gran Bretaña a solventar sus propios errores monetarios, los Estados Unidos, en aquel entonces; mantuvieron una constante oposición a permitir el alza natural de las tasas de interés. La pretensión de arreglar la economía británica mediante manipulaciones monetarias en los Estados Unidos inflando la moneda norteamericana, sólo sirvió para ayudar a contrariar las tendencias naturales del mercado inglés en la búsqueda de los ajustes naturales y necesarios. Es proverbial una carta citada por Rothbard en su obra sobre este asunto. En esa carta Strong, a la sazón gobernador de la Reserva Federal de Nueva York, insta a Mellon, Secretario del Tesoro de los Estados Unidos, en la primavera de 1924, a bajar las tasas de interés en los Estados Unidos para facilitar a Inglaterra el retorno al patrón oro. Algo que ocurrió al respecto en Inglaterra en 1924 merece ser recordado. Debido a que la tasa de inflación en Inglaterra era más elevada que la imperante en los Estados Unidos, el oro se desplazaba del primer país nombrado al segundo. La mala situación económica en Gran Bretaña obedecía en gran medida a que dicho país, al prepararse para retornar al patrón oro, lo hacía equivocadamente pretendiendo utilizar la paridad de pre-guerra. Se pretendió ignorar la inflación de la guerra y la post-bélica. Sin duda que era bueno retornar al patrón oro, pero no por ese camino. Porque para tener éxito siguiendo ese camino era necesario un ajuste abajo del nivel de los precios internos; cosa que no se logró por la resistencia sindical a la reducción correlativa de los salarios. El resultado fue que se mantuvieron altas tasas de salarios reales, *pero solamente para los que tenían trabajo*, porque el nivel de remuneraciones por encima de

el de mercado trajo naturalmente un alto grado de desempleo. Cosa distinta hubiera sido si los ingleses hubieran vuelto al oro a la paridad del momento del retorno al áureo metal.

Los demás países afectados por la crisis de los años treinta siguieron, en mayor o menor medida, el mismo camino intervencionista de los Estados Unidos, especialmente en cuanto a la política monetaria. Y, si bien es cierto que, en determinados casos, se resolvieron situaciones particulares del momento, nunca de manera tan equitativa y saludable para el conjunto de las comunidades, como hubiera sido mediante una lógica liquidación que saneara realmente la economía por obra del libre juego de los legítimos derechos de las personas y de los factores productivos, dejando al mercado libre de intervenciones exógenas a los bienes, las tasas de interés y los salarios.

Al analizar la esencia de las crisis, es oportuno considerar también el caso de Alemania de la época de Bismark. El intervencionismo también allá y entonces desencadenó e intensificó la crisis. Ocurrió en Alemania en aquella época algo parecido a lo que luego se repitió en otros países, por imitación o por coincidencia. La industria, con el apoyo de subsidios oficiales y, en particular, con protección arancelaria, recurrió a los carteles para beneficiarse con precios de monopolio sólo posibles al calor oficial. El gobierno cerró el mercado a la competencia libre impidiendo precios competitivos. La industria alemana tenía sus costos considerablemente recargados con el peso de las cargas sociales de una gravosa legislación laboral antieconómica. La intervención estatal obstaculizó la importación de productos extranjeros para que la industria nacional pudiera cubrir en sus precios internos los elevados costos sociales y, mediante subsidios oficiales, pudiera a la vez competir en los mercados internacionales. Esos subsidios y elevados precios del mercado interno se financiaron a expensas del pueblo alemán que, de ese modo, se empobreció notablemente. También después de la Primera Guerra Mundial el deterioro de la situación en Alemania fue impulsado por el intervencionismo estatal. Las deudas de guerra tuvieron su parte, pero fue un factor principalísimo la política monetaria que culminó en la conocida hiperinflación de los años 1921 a 1923. El proceso de descomposición monetaria junto con un nacionalismo xenófobo, preparó el camino para el advenimiento de Hitler, que terminó su loca aventura en la Segunda Guerra Mundial. Esta vez los alemanes aprendieron la lección y proscribieron al nazismo y al comunismo por igual, por ser ambos enemigos mortales de la libertad y de la democracia. Así pudo tener lugar en Alemania Occidental una de las interesantes experiencias de reconstrucción económica

y monetaria bajo la dirección de Erhard, basada en la libertad económica la cual, si no fue más completa, se debió a la presión contraria de las fuerzas de ocupación inglesas y norteamericanas. Resalta la recuperación y prosperidad lograda de ese modo por Alemania Occidental, con el estancamiento y el atraso de Alemania Oriental bajo la dominación soviética.

Al analizar lo esencial de las grandes crisis, vemos como contrapartida a través de la historia, la sólida y equilibrada situación social de los países donde se mantuvo en mayor grado la fidelidad a los principios liberales del capitalismo libre y democrático. En los tiempos contemporáneos, sobre el particular, basta la mención de Alemania Occidental en Europa, de Japón y Hong Kong en Asia, y de la República de Sudáfrica en el continente africano.

Hay una diferencia substancial entre las fluctuaciones normales que obedecen a factores endógenos propios del mercado, y las crisis profundas resultantes del intervencionismo estatal provocador de los auges artificiales que terminan en grandes depresiones. Ese fue el caso patético de la crisis de los años treinta. Por el contrario, son fluctuaciones normales de carácter endógeno, por ejemplo, aumentos o contracciones de las ofertas por causas climáticas, como puede ocurrir con la producción de cereales; o variaciones de la demanda por cambios en los deseos y gustos de los consumidores. Y, cuando esas fluctuaciones se presentan, lo natural y lógico es permitir la adaptación de las demandas a las ofertas y viceversa, para lograr el necesario equilibrio mediante el sabio mecanismo de los precios y salarios libres, con igual libertad para las tasas de interés y demás factores concurrentes.

Hay en este tema dos errores fundamentales, que no son menos dañinos por ser muy generales. El primero es la insistencia de que los ajustes deben soportarlos las empresas productoras sacrificando sus ganancias y no los asalariados reduciendo sus ingresos; en verdad lo contrario es lo saludable. Porque es de las ganancias de donde saldrán los mayores ahorros para el incremento de las inversiones necesarias para multiplicar la producción, único factor indispensable para aliviar rápidamente la situación. El segundo error generalizado y no menos dañino es la insistencia en que la política monetaria es la herramienta principal de los gobiernos para "corregir" determinadas situaciones económicas y financieras. Se les escapa a quienes así piensan que, precisamente, son esas supuestas "correcciones" las principales causas desencadenantes de las crisis, por entorpecer el mecanismo de los precios. En este tema, las llamadas políticas anticíclicas sólo sirven para perpetuar y acentuar las crisis. Hemos visto como en los Estados Unidos, ya

en la década de los años 20 de este siglo, en lugar de permitir el funcionamiento libre de la economía, como se hizo en las fluctuaciones anteriores, para que los ajustes dispuestos por el mercado restablezcan el equilibrio, los gobiernos pretendieron perpetuar el auge artificial recurriendo a los mismos instrumentos intervencionistas. Es decir, incrementos artificiales de producciones antieconómicas, sin ahorros genuinos, con protecciones a la ineficiencia relativa y legislaciones laborales costosas, cuyas producciones antieconómicas fueron impulsadas con una política monetaria de crédito barato que favorecieron alzas de salarios por encima de la productividad marginal del trabajo. Cuando finalmente comenzó la inevitable caída de precios y salarios, los gobiernos, en lugar de respetar dicha tendencia de ajuste y saneamiento en beneficio de los consumidores, recurrieron a toda clase de medidas intervencionistas para contrariar dicha saludable tendencia. Se mantuvieron artificialmente bajas las tasas de interés y proliferaron las juntas reguladoras y toda clase de organismos para interferir en el mecanismo de los precios. Con éstas y otras medidas intervencionistas, tales como el crédito *selectivo*, para frenar los préstamos a quienes operaban en las Bolsas de valores, como si la expansión del crédito artificial fuera malo solamente en ciertos casos, se fue elaborando la gran depresión de los años treinta en los Estados Unidos. Esa gran depresión sólo habría de resolverse con la gran demanda de bienes y servicios que provocó la Segunda Guerra Mundial. Lo que vino después está fresco en la memoria de todos. Con altos y bajos, la economía norteamericana siguió creciendo a pesar del intervencionismo, el cual, aun cuando sus interferencias declinaron en ciertos períodos, se ha mantenido constante, acompañada de una política monetaria desordenada. Después de ayudar financiera y militarmente a media humanidad, el pueblo norteamericano, que ha cargado con los pesados gravámenes impuestos por la errónea política de sus gobiernos, se encuentra hoy ante amenazas serias, porque su moneda se desliza peligrosamente hacia una pérdida de prestigio y confianza. Afortunadamente, se advierte ahora una saludable reacción en favor de las ideas correctas que hicieron la grandeza del gran país del norte. La opinión pública de los Estados Unidos clama ahora por efectivas reducciones del gasto público y de los impuestos, eliminando lo superfluo, sin descuidar la defensa nacional, que no puede quedarse atrás ante la constante amenaza de la barbarie colectivista.

La crítica al intervencionismo norteamericano que produjo el auge artificial y posterior gran depresión de los años treinta, de ningún modo significa dejar de reconocer y apreciar debidamente los grandes méritos acreditados por los Estados Unidos. Nadie que conozca los hechos puede negar que, a pesar de sus errores, nuestro gran amigo del norte

sigue siendo el gran baluarte de la libertad. Y, ciertamente, los errores de los Estados Unidos son de poca significación comparados con los que se vienen cometiendo en muchos países europeos y de América Latina y, ni qué hablar, de los que se vienen cometiendo en gran parte de los continentes africano y asiático. La evidencia nos muestra a los Estados Unidos —sobre todo en los tiempos anteriores a 1920— como un ejemplo notable del inmenso poder creativo y civilizador de la libertad personal conjugada con la propiedad privada, con las debidas garantías a su respeto brindadas por gobiernos con funciones limitadas y poderes descentralizados por un federalismo auténtico, con una Justicia independiente. Sin embargo, al analista objetivo no se le escapa que, si al comenzar su vida como Nación independiente, con su millón de habitantes que entonces existía en un verdadero desierto, los Estados Unidos hubieran practicado el intervencionismo estatal posterior a los años 20 de este siglo, no hubiera podido construir el formidable país que construyó, con el alto nivel de vida para su población y el poderío económico alcanzado gracias, precisamente, al mayor respeto durante más tiempo a los principios del capitalismo libre y democrático existente con anterioridad a la década de 1920.

Puede admitirse que se sostenga que, en determinadas circunstancias, es conveniente que el Estado, teniendo en vista el corto plazo, sacrificando el mediano y largo plazo, intervenga en la economía contrariando las saludables tendencias del mercado libre. Pero de ningún modo es admisible que los insatisfactorios resultados del intervencionismo, que a la larga son inevitables, obedezcan al funcionamiento del capitalismo inadulterado. Puesto que esos insatisfactorios resultados son evidentemente fruto de la violación de sus principios.

Una de las grandes contribuciones de los pensadores de la escuela austríaca es haber puesto en claro que lo esencial de las crisis consiste en las violaciones a la propiedad y a las leyes del mercado, por el intervencionismo estatal en boga y por las desviaciones de las actividades sindicales. Y, para terminar, no puedo resistir a la tentación de hacerlo con palabras de William E. Simon, ex Secretario del Tesoro de los Estados Unidos, quien en su reciente libro "A time for truth" (Ha llegado el momento de la verdad), en el último capítulo titulado "El camino a la libertad", entre otros comentarios interesantes, dice: "La intervención del Estado en la actividad económica puede confiscar, puede redistribuir lo que ha confiscado, puede gastar más de lo recaudado en impuestos, puede tomar más y más préstamos aumentando la deuda pública; pero hay algo que el Estado no puede hacer: producir riqueza".

BIBLIOGRAFIA

- Acción Humana*, de Ludwig von Mises.
Omnipotent Government, de Ludwig von Mises.
El Socialismo, de Ludwig von Mises.
America's Great Depression, de Murray Rothbard.
¿Qué Porvenir nos espera?, de John T. Flynn.
As we go Marching, de John T. Flynn.
A Time for Truth, de William E. Simon.
Economics and the Public Welfare, de Benjamin M. Anderson.
Fundamentos de la libertad, de Friedrich A. Hayek.
Problemas Económicos de Actualidad, de Hans F. Sennholz.
La Conquista de la Pobreza, de Henry Hazlitt.